

das, la ternura y el amor que habeis manifestado hácia los niños y jóvenes premiados, primicias del zelo de la sociedad, y frutos de la aficion y aplausos con que siempre la habeis honrado. Esta ternura, este amor puro y sincero, como lo es, hácia vuestros semejantes no puede menos de ser efecto de la llama del amor divino que nos manda á todos, que nos amemos, que nos tratemos como hermanos, y que adorando los arcanos de su providencia, hace que los ricos amen á los pobres, los grandes á los pequeños, los nobles á la clase laboriosa, y que formando de todos los hombres una sola familia, esta no se ocupe de otra cosa, que de amar á Dios como á su criador, á los hombres como á sus hechuras, al Soberano como á su padre, y prestándose unos á otros los auxilios que están á su alcance, vivan todos contentos y felices.

Desengañémonos, señores de una vez, y quedemos convencidos, que solo el amor de Dios, y el amor á los hombres por Dios, es el que puede hacer, que los pueblos gocen de la felicidad que es posible sobre la tierra. En vano la filosofía presentaría teorías de felicidad siempre abstractas é ininteligibles; estas no producirán, ni han producido otro efecto que extraviar á los ignorantes y mover á risa á los sábios. En vano se pronunciarán las grandiosas palabras de humanidad y beneficencia, sino van acompañadas de la caridad.

